

Luján Argüelles

APRENDIENDO
DE NUEVO A VIVIR

*Un camino de felicidad,
transformación y crecimiento*

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Empezando por el final</i>	13
<i>Tenía que ser: mi implosión descontrolada</i>	19
 <i>Primer aprendizaje</i>	
Saber quién soy	49
 <i>Segundo aprendizaje</i>	
Vivir es una decisión. Elijo vivir	79
 <i>Tercer aprendizaje</i>	
Hacerme amiga de mi pasado	105
 <i>Cuarto aprendizaje</i>	
AQUÍ todo es posible, y AHORA nada es imposible	131

<i>Quinto aprendizaje</i>	
No seguir a la orquesta, marcar mi propio ritmo y saber decir NO	161
<i>Sexto aprendizaje</i>	
El error y el fracaso me harán libre	193
<i>Séptimo aprendizaje</i>	
La gran compañía de la soledad	221
<i>Octavo aprendizaje</i>	
Agradecer	247
<i>Conclusión</i>	
Un camino de felicidad	273

EMPEZANDO POR EL FINAL

Reaprender a vivir. En eso llevo estos dos últimos años. La tarea más difícil que he afrontado, la más dolorosa también porque emprendes el camino dándote cuenta de que durante más de cuarenta años has estado equivocada. Miraba mal la vida, ese fue mi primer gran descubrimiento. La observaba con temor, bajo un foco de luz que me deslumbraba, que me hacía brillar, sí, pero que dejaba a mi alrededor una oscuridad profunda en la que solo adivinaba amenazas y miedos.

«La tragedia de la vida es lo que dejamos morir dentro de nosotros mientras vivimos». Me gusta esa cita de Albert Schweitzer, médico, filósofo y teólogo. Me encaja como un guante. Aunque yo la completaría así para hacerla de verdad mía: «Pero no hay mayor placer que sentir que empiezas a despertar».

Ese es el motivo por el que me propuse escribir este libro. Quiero compartir la maravillosa sensación de despertar, de darme cuenta de que la realidad es lo que decides que sea. De que la felicidad no es un estado de ánimo o un regalo, sino una de-

terminación. Por supuesto, hubiera preferido llegar a esta conclusión mucho antes y de otra manera menos tormentosa, sin embargo, ni mis circunstancias me lo facilitaron ni mi carácter me lo permitió ni di con un guía que me hiciera ver que cada día estaba muriendo un poco. Ahora puedo reconocer que soy una autodidacta orgullosa. Digamos que puse en práctica lo que sugería Aristóteles: «Lo que tenemos que aprender lo aprendemos haciéndolo».

Yo he sido mi propio navegador en este tránsito hacia lo que por fin soy. Con alguna ayuda, sin duda, porque para comenzar a andar alguien debe ofrecerte sus manos, y he contado con algunas bien fuertes en las que he podido apoyarme: las de mi *coach*, que llenó las paredes de mi casa de ideas y propósitos; las de los autores que desde sus libros me han revelado paisajes que era incapaz de ver y senderos desconocidos por los que transitar; y con las pequeñas manos de mi hija, Miranda, mi mayor inspiración, mi mejor estímulo. De modo que ahí me lancé yo, dispuesta a coger carrerilla cuanto antes para dejar de lado los logros vacíos, las miradas ajenas, las decepciones personales, los juicios públicos... Todo eso que había interiorizado y que poco tenía que ver conmigo, lo que me hizo pasar por tantos años de pesimismo y frustración.

Todo lo voy a contar. No tengo ningún reparo en desnudarme, aunque en ningún caso pretendo hacer de estas páginas un paño de lágrimas. Uno no puede negar su pasado, pero tampoco anclarse a él. Debe ser solo un punto de partida. Ya se sabe que no hay mejores profesores que el error y el fracaso. Y desde esa primera lección, empecé a alzar el vuelo, quizá muy a ras de suelo al principio, para luego ir tomando altura sabiendo que nunca podía dejar de agitar las alas. Sí, decidir vivir (con todas las con-

secuencias) es un trabajo diario. Se necesita ponerle mucha energía. En mi caso, mi combustible es lo que yo llamo «la bondad del entusiasmo».

La pasión es un compañero de viaje que libera, que te genera vibraciones positivas y constructivas. El día en el que después de mucho trabajo interior y mucha lectura alcanzas ese momento de conexión real contigo misma y con tu entorno, se produce la magia. Y entonces eres capaz de enfrentarte a cualquier desafío: descubres nuevos deseos, te propones nuevos objetivos. Te sorprendes disfrutando de ti misma y percibes más fácilmente la esencia de los demás. Para llegar hasta ahí me he negado a instalarme en la queja o en la excusa. Eso no da las respuestas que busco. En cambio, he elegido ser vehemente para no dejar pasar un minuto sin moverme, sin hacer, sin emprender, sin gozar poniéndome el mundo por montera. Así me di cuenta de que la vida es como quieras tú verla. Y llegado a ese punto, no puedes permitirte ni un paso atrás.

Este será mi relato, mi historia de transformación y crecimiento. La mía. No pretendo convertir mi libro en un manual de autoayuda, porque no soy *coach* ni mucho menos psicóloga. A ellos dejo los consejos profesionales. Yo solo pretendo mostrar mi proceso de aprendizaje, en el que he hallado a la verdadera Luján, jibarizada hasta hace poco por mi negatividad y mi falta de autoestima, angustiada por el trabajo (o por la falta de él) y desencantada con el amor (pero desde entonces creyendo más que nunca en él). Ahora sé que el éxito no depende de la cantidad de galones que llevo cosidos a mi uniforme (qué engañosa es esa hoguera de las vanidades en la que he ardidado desde jovencita), sino el resultado de la cantidad de dificultades que he tenido que superar.

Uno de los mayores obstáculos fue mi propio personaje (puro ego), que fue acaparándome hasta casi ahogarme. Una de esas personalidades de laboratorio que procuramos mostrar al mundo para ser respetados, admirados o simplemente aceptados. Una ficción en la que nos creemos protegidos, pero que en el fondo nos destruye porque no nos define. ¿Quién era yo, una respetada periodista de actualidad o la alocada presentadora de programas de entretenimiento en televisión? ¿Pretendía ser una intelectual o vivir de la parodia? ¿Era alguien familiar con los pies pegados a la tierra o una fantasía que vivía del espectáculo? ¿Era comediada o expansiva? ¿Comprometida, sensible, reflexiva o solo lentejuelas, brillos y lamé?

Esa fue mi otra gran epifanía: averiguar quién soy en realidad, o, mejor dicho, quién estoy determinada a ser. Y quiero ser todo eso, aunque resulte difícil de entender. Soy en cada momento lo que mi corazón me pide que sea. Ahora todo me gusta, todo me llena, todo me nutre y todo me rescata de ese banco de niebla en el que estaba perdida. Qué absurdo que tener la capacidad para ser tantas cosas se hubiera convertido en un problema. Tal vez esta nueva (revelada) Luján ahora siga otro compás distinto al que marcan las orquestas que suenan con más fuerza. Ser diferente puede resultar un privilegio porque eso significa que has perdido el miedo.

Me recuerdo obsesionada por conseguir y conseguir, por ganar batallas, por obtener medallas... Tengo muy presente el desaliento por las derrotas, que me llevó a conformarme con lo que tenía, una parálisis que me consolaba, pero que escondía decepción y cobardía. No, no podía continuar así. Estoy convencida de que los seres humanos venimos a esta vida a crecer hasta el día en el que la muerte nos saluda. La acción es vida. Y tras llegar

a esa certeza di comienzo a mi proyecto de movimiento perpetuo: siempre activa, siempre expectante, pero con optimismo y resolución; dispuesta a salir al encuentro con el destino sin esperar que las cosas lleguen a mí. Porque nunca caen del cielo. Llegan porque las buscas, las creas, las imaginas y las construyes día a día y paso a paso. Por eso comprendo que la verdadera felicidad no está en alcanzar el objetivo. Está en lo que experimentas durante el recorrido.

Y ese es el viaje que quiero compartir contigo, lector. Un recorrido lleno de entusiasmo, de descubrimiento personal, en el que los sueños se cumplen (si los tienes, claro, y cuentas con el valor de pelear por ellos), donde los peores monstruos se convierten en maestros que te enseñan a no ser como ellos y, sobre todo, a relativizar los golpes de la vida, porque seguramente sean las patadas en el culo que necesitas para avanzar. Ya ves, he empezado por el final. Las conclusiones como prólogo. Pero habrá que ponerte en antecedentes. Y exponer después los aprendizajes que me han devuelto a la vida.

TENÍA QUE SER: MI IMPLOSIÓN DESCONTROLADA

Cerré la puerta y ella se fue. Caí a plomo en el sofá y rompí a llorar medio asfixiada. Sentía que me faltaba el oxígeno. No podía pensar ni moverme. Solo llorar y llorar. Ni tan siquiera podía gritar para airear el dolor que estaba sintiendo.

No sé el tiempo que estuve así. Tengo muchas lagunas de ese momento. Solo recuerdo que intentaba aferrarme a algo para sobrevivir a mi naufragio. Quería levantarme y comenzar a hacer la maleta, pero seguía allí sujeta bajo el peso de mis propias lágrimas. Necesitaba marcharme, irme cuanto antes de mi casa, que de repente me pareció terriblemente vacía. Había decidido pasar un par de semanas fuera, junto al mar, para procurar que el tiempo sin mi hija transcurriera lo más rápido posible. Acababa de cumplir cinco años y era la primera vez que iba a estar tantos días separada de ella.

Cuando, semanas antes, tomamos la decisión su padre y yo de romper nuestra relación, supe que tarde o temprano tendría que

enfrentarme a esa situación. Aquel iba a ser el primer verano que nuestra niña pasaría sin tenernos a los dos juntos, y eso me obsesionaba porque temía su reacción. Me daba mucho miedo que terminara sufriendo.

No dudaba de la decisión que habíamos tomado, pero las consecuencias de ese cambio me atormentaban. Miraba las paredes de mi casa desde aquel sofá sintiendo que la vida me pesaba, llorando por mi hija, pero también por mí, por la oscuridad que me cegaba y que había ido creciendo dentro de mí desde mucho antes de aquel día. Años atrás. Quizá desde siempre.

Su padre y yo rompimos definitivamente el 1 de julio de 2020. Habíamos decidido conscientemente que era el único camino. Ese día tomamos rumbos distintos, empezamos una nueva vida que, hoy por hoy, para mí es mágica y emocionante. Qué enorme contraste con mi pasado... Pero aún no sabía a dónde me conduciría aquel viaje. Ni siquiera me sentía capaz de dar un primer paso. Me paralizaba el dolor.

Recuerdo que me dije que aquello era lo natural. Después de una separación comienza un periodo de duelo que no tienes más remedio que superar. Y debes asumir que será triste y muy frustrante. Dar por cerrada definitivamente una etapa tan importante para ti supone también recapitular, escarbar en los porqués, y mirarse a uno mismo desde otra perspectiva, sin filtros, sin maquillajes. Y puede que lo que veas te guste tan poco que llegues a entender que no solo se trata de romper con tu pareja, sino también contigo misma. Comenzar una reconstrucción. Ese fue mi caso.

Pero ese tránsito de lo que fui a lo que soy empezaría algo más tarde. En ese momento, cuando vi a Miranda saliendo por la puerta dejando a mi alrededor un silencio aterrador, solo

me importaba ella. Es cierto que nosotros, sus padres, teníamos claro que era la única opción viable. A veces la resistencia solo provoca una mayor decepción. Lo teníamos muy meditado y muy aceptado. Pero, claro, es imposible medir el impacto que puede tener en un «ser de luz», como a mí me gusta definir a los niños hasta que cumplen los seis o siete años; luego empiezan a perder esa inocencia original para iniciar la construcción de su maravilloso yo. De ahí mi angustia, mi miedo inmenso, mi gran desconsuelo, mi enorme sentimiento de culpa y mi sensación de que los acontecimientos me llevaban por delante, incapaz de oponer resistencia y tomar las riendas.

No importan aquí los motivos por los que pusimos fin a nuestra convivencia. Al final, lo único que debería determinar nuestras decisiones es apreciar la vida como un regalo que tenemos la obligación de exprimir al máximo. Uno no puede perder ni un minuto sin disfrutarla. Yo, en cambio, había perdido años. Era consciente de que debía dotarla de un nuevo sentido, llenarla de nuevos contenidos para no sentirla tan vacía. Sin dirección no vas a ninguna parte. Tenía que hacerme con una brújula que me sacara de allí, y para conseguir ese objetivo era necesario tomar decisiones difíciles, como la que había afrontado en mi relación. Ahora veo con claridad que no debemos valorar las decisiones como buenas o malas. Solo como necesarias.

He llegado también a la conclusión, después de tantos episodios oscuros, de que nuestro compromiso con el mundo, con el universo, con Dios para los que creemos, es crecer hasta donde nuestra alma nos vaya marcando. Es ampliar nuestras fronteras hasta el día en el que trascendamos a otra dimensión (lo que lla-

mamos morir, y que yo ahora llamo «cuarto nacimiento», ya hablaremos de eso). En ese crecimiento hay que pasar por muchas etapas y dejar atrás muchas situaciones. Romper compromisos que hemos adquirido porque descubrimos que no nos permiten expandirnos ni se alinean con nuestro «yo esencial». Esa es la vida. Eso es lo que nos pide. Esas son las duras decisiones que nos plantea y que a menudo nos resistimos a tomar porque nuestra mente racional nos empuja a mantenernos dentro de la norma, en lo establecido, dentro de lo convencionalmente aceptado. Es decir, en las tinieblas.

Pero me estoy desviando. Estaba en mi particular infierno. Continúo. Después de siete años de relación, mi pareja y yo, tras buscar otras opciones y ver que no eran posibles, nos vimos frente a un notario, en un elegante despacho ubicado junto a la Puerta de Alcalá, firmando un acuerdo que resolvía las cuestiones prácticas de la separación, pero que sobre todo nos liberaba de una existencia común que, al menos a mí, no me permitía ser. De nuevo disponía de alas para emprender un vuelo absolutamente necesario, aunque yo carecía aún de destino.

Aquel 1 de julio de 2020 fue el punto de partida del camino hacia mi propio descubrimiento, hacia la verdadera esencia y sentido de mi vida. No porque lo hubiera perdido en esa relación, sino porque nunca me había permitido plantearme quién era, qué quería, hacia dónde corría, para qué estaba en esa carrera y qué tenía que conseguir cuando me fuera de ella. No sabía las reglas de este maratón ni la razón de que tuviera que participar en él. Y lo que es peor, ni siquiera había sido capaz de disfrutar de verdad de los beneficios y satisfacciones que también me había reportado.

SEIS HORAS DE TORTURA EN UN MINI ROJO

Como ocurre tras cada uno de los cambios que se producen a lo largo de nuestra trayectoria personal, pronto empecé a asumir los pros y los contras de la nueva situación; había que soportar los claroscuros. Aunque el día que mi hija se fue solo viera una negrura espesa y pegajosa. Allí, sentada en mi sofá, vivía mi «destrucción masiva», como yo la defino. No sabía qué iba a quedar de mí entre los escombros.

Me levanté y caminé hacia el dormitorio para comenzar a hacer el equipaje. Intentaba concentrarme en lo que me llevaría para esas dos semanas. A ello me puse buscando escapar de esa tierra árida por la que circulaba como una autómata. Rebusqué en el armario, rellenando los huecos que quedaban en la maleta con soledad y muchos recuerdos amargos. Parecía que la memoria era lo único que funcionaba a pleno rendimiento en mi cerebro.

No sé si has notado, querido lector, cómo escapo inconscientemente de los momentos del pasado. La verdad es que me cuesta describirte cómo fueron. Te aseguro que no es porque no quiera. Es simplemente porque hoy, en este momento de mi vida, huyo de recrearme en lo que dejé atrás para enfocarme únicamente en el ahora. Pero soy una mujer de palabra. Valiente y comprometida. Así que no te apures, que te contaré cada momento de dolor y desconsuelo que he vivido en ese tránsito. Aunque me cueste. Expondré cada minuto de duda y absoluta confusión. Aunque vaya en contra de mi actual resolución. Sé que será la manera de que entiendas mi transformación, acudiendo al origen, tal vez descubriendo que hemos caminado por los mismos senderos y, si quieres o lo necesitas, demostrándote que se puede cambiar de dirección para volver a sentirse viva.

«Vale, ahora céntrate. Vas a irte de vacaciones. Intenta desconectar», me decía con las maletas ya preparadas. Llamé a mi mejor amiga, Josefina, una mujer de edad avanzada que ha sido mi segunda madre en los últimos quince años, y también mi gasolina para seguir adelante en las épocas más difíciles. Increíble compañera de batallas. Con ella y su marido iba a pasar esos días de verano que pretendía que me sirvieran de bálsamo y ansiolítico. Y con ella lloré a través de la línea telefónica. Recuerdo que le decía que no comprendía cómo había llegado a ese estado de abatimiento, pero entendía que no todo podía obedecer a mi ruptura y a mi alejamiento de la niña. Le dije que solo pensaba en salir corriendo de allí e ir a su lado, a su casa de Marbella. No me atreví a confesarle que lo que de verdad deseaba era meterme en la cama, dejarme cuidar por ella y no despertar hasta quince días después. Bueno, catorce, siendo precisa, para que me diera tiempo de recoger a mi hija cuando regresara de estar con su padre.

En esas horas de locura había logrado hacer un equipaje que respondía a lo que se esperaba de mí, o a lo que yo necesitaba representar, con muchos vestidos y zapatos adornados con lentejuelas y glamur. Era consciente, dentro de aquel sinsentido, de mis obligaciones profesionales, entre las que se encontraba asistir al Festival Starlite en Marbella, del que llevaba tres años siendo presentadora de su gala benéfica, organizada por Antonio Banderas y Sandra García-San Juan. Sabía que tenía que lucir como una estrella, palmito de presentadora televisiva. Mona, elocuente, expansiva... En realidad, era y me sentía como un despojo humano.

Cogí el Mini Countryman rojo que me había dejado mi hermana y conduje durante seis horas escapando de mí misma. Tuve que pedir prestado el coche porque en el reparto tras la separación

me había quedado sin el turismo gran lujo familiar. Yo tenía el pequeño Smart que todavía me sirve para moverme por Madrid, pero que no siento muy seguro cuando se trata de viajes largos.

Seis horas dan para mucho. Sumida en aquella pesadilla, procuraba prestar atención a la carretera, aunque mi cabeza deambulaba por otros lugares repasando episodios de mi vida que también me habían llevado a ese lugar tan hundido en el que me encontraba. Sola, sin la familia que había construido, y sin apenas trabajo. Sola, sin querer explicar mi nueva situación a nadie y sin proyectos que compartir con cualquiera de la profesión que se cruzara conmigo. Sola, sabiendo que ese verano tendría que leer en muchas publicaciones que «la presentadora de algunos de los más conocidos programas de citas ha decidido romper su relación de pareja» (irónico contraste). Sola, imaginándome en un *photocall* hablando de mi vida con rotunda serenidad y una calmada sonrisa que impidiera descubrir el tormento que vivía. Sola, y con el vértigo de saber que mi vida profesional estaba yendo por unos derroteros que me auguraban un papel secundario en el escenario en el que solía ser protagonista.

Sola. Con una única verdad: nada merecía la pena. Nada suponía un estímulo. Nada podía hacerme ver una luz de esperanza o de futuro. Nada que no fuera, evidentemente, la enorme responsabilidad de estar al lado de mi hija.

No pases por alto lo que acabo de escribir. Solo sentía responsabilidad. O dicho de otro modo, la obligación de la maternidad. Nada más.

Después de cuarenta y dos años y todo lo que había vivido y conseguido, estaba en ese coche porque, por encima de todo, tenía que seguir ganándome la vida para y por ella. Por lo demás, vacío. Ni ilusión ni imaginar metas ni diseñar opciones ni crear

motivaciones ni plantear salidas. Parece imposible, visto desde hoy o desde fuera, que una mujer con la fuerza que siempre había proyectado sintiera que lo había perdido todo y que se viera incapaz de recuperarlo. Pero en ese momento solo podía llegar a esa conclusión.

Hoy no me reconozco en esa mujer, el producto truco de una trayectoria personal que tuvo mucho de autodestructiva y de la que fui la única responsable. Me explico. A lo largo de mi vida, mi actitud fue tremendamente pesimista, y, por tanto, muchas de mis decisiones las tomaba por motivos equivocados. Fui una adolescente extrovertida en apariencia y muy tímida en la intimidad. Más tarde, me convertí en una joven muy dispuesta y resolutiva, pero exageradamente exigente e insegura. Diría, para ser honesta, que patológicamente miedosa. Hasta más allá de los treinta había transitado por la cronología de mi vida con paso firme y contundente, con tacones altos y elegantes, pero con pies de arena, de manera que era inevitable que terminara derrumbándome.

Salí de Asturias con veinte años, con la firme decisión de dedicarme a lo que me gustaba, la comunicación. Era una chica muy responsable y muy estudiosa. Tenía un expediente académico brillante. En Asturias, el «señor destino», un tipo convencional y razonable, parecía estar diseñando un futuro para mí que pintaba bonito, y sin embargo no me hacía feliz. Ahí viví mi primer encontronazo con él; ese señor tan serio había decidido que, dadas mis aptitudes para el estudio, podría convertirme en una excelente profesora de universidad o en una brillante abogada. En el «señor destino» confluían todas las expectativas y exigencias de mi entorno, esas que vas asumiendo como propias sin apenas cuestionarlo.

Leí un libro que te recomiendo, *Los cuatro acuerdos*, del mexicano Miguel Ángel Ruiz Macías, en el que explica cómo los se-

res humanos no elegimos absolutamente nada en nuestras vidas hasta alcanzar una determinada edad. Ni tan siquiera nuestro nombre. Y la verdad es que, a veces, después, tampoco. Recupero aquí un párrafo de ese libro que creo que describe bien la idea:

«Esta es la razón por la cual los seres humanos nos resistimos a la vida. Estar vivos es nuestro mayor miedo. No es la muerte; nuestro mayor miedo es arriesgarnos a vivir: correr el riesgo de estar vivos y de expresar lo que realmente somos. Hemos aprendido a vivir intentando satisfacer las exigencias de otras personas. Hemos aprendido a vivir según los puntos de vista de los demás por miedo a no ser aceptados y a no ser lo suficientemente buenos para otras personas».

Yo me vi reflejada en esas líneas.

Nuestros padres, los abuelos, los profesores nos van contando cómo es el mundo. Determinan qué es lo bueno y lo malo. Qué valores han de presidir nuestra vida. Nos fijan incluso las metas y perfilan nuestros deseos. Ellos, cargados de amor y de buenas intenciones, nos van dando información absolutamente sesgada sin más intención que la de ayudarnos a tomar las decisiones correctas... «Sus» decisiones correctas. Cuesta tomar perspectiva para conseguir «expresar lo que realmente somos», como apunta Ruiz Macías. Cada uno de nosotros tenemos un alma, un yo, una fuerza única que merece ser desarrollada. Propia. De nadie más. Nuestro «yo esencial», que a menudo tiene muy poco en común con el de quienes te ayudan a abrir los ojos al mundo, que te arropan y te sostienen con su amor, pero de los que finalmente debes distanciarte para dejar que te guíen tus propios pasos.

Ahora me doy cuenta de que a los veinte años se reveló por primera vez un pedacito de mi «yo esencial». Ahí mi Luján pro-

funda se hizo al fin presente y me dijo: «Perdóname, pero profesora no quiero ser. Lo mío es la comunicación, y pienso poner Madrid a mis pies». Y con mucha oposición de mi entorno, me fui para la capital.

Os presentó un esbozo (ya habrá tiempo para los detalles) de lo que fueron esos primeros años: trabajé muy duro y fui muy constante una vez que arranqué mi aventura madrileña. Superé muchos baches y salté muchas barreras. Alcancé muchas metas y conquisté lo que me parecieron extraordinarios éxitos para una chica de un pueblo de mil habitantes, hija de un humilde carnicero. Pero alcanzaba cada objetivo atenazada por el miedo. Apenas hallaba satisfacción porque no dejaba de temer el fracaso, que siempre creía a la vuelta de la esquina. Sí, estaba convencida de que llevarle la contraria al «señor destino» tendría su castigo. Ahora veo que mi «yo esencial» seguía siendo un bebé demasiado frágil, y el resto de mí, demasiado permeable, tanto que el pesimismo con el que mi entorno observaba mi aventura juvenil se pegó a mí como una lapa. ¿Realmente merecía la pena correr el riesgo? ¿Podría estar a la altura?

Por ser concisa y contundente, te diré que hasta hace dos años he vivido marcada por la permanente insatisfacción, obcecada en convivir con los aspectos más negativos de mí misma, y a la vez dominada por una fuerza de voluntad arrolladora que me llevó a conseguir unos logros que me empeñaba en desmerecer. Y ese periplo agrídulce, tachonado de sombras e inseguridades, que se inició en mi pueblo asturiano, culminaba en aquel Mini rojo de mi hermana que conducía desolada hacia Marbella.

Seis horas de recapitulación. Cientos de kilómetros intentando exorcizar el pasado sin conseguirlo. Y en el asiento de al lado, la compañía del «señor destino», que me susurraba, recriminatorio, que mi esfuerzo de tantos años al final había sido

baldío. A las pruebas se remitía. En lo profesional también pasaba por un momento muy complicado. Llevaba cinco años, desde que nació mi hija, sin que en mi canal de televisión encontraran grandes proyectos para mí. Las propuestas de programación no contemplaban los formatos con los que el público me identificaba y en los que había obtenido grandes resultados de audiencia tiempo atrás. De modo que me sentía perdida, deambulando sin objetivo, en un dique muy seco, buscando un lugar en el que asentarme para volver a despertar el interés de la gente. No me ofrecían nada ni surgían nuevas oportunidades, y mi contrato, que me había permitido disfrutar de una nómina a pesar de no tener programa, había llegado a su fin en aquel verano maldito.

Y es en esas circunstancias cuando mi vida personal hace agua y se va a pique. La tormenta perfecta. La destrucción masiva.

«No, lo siento, ya no tenemos nada para usted». Asumir que me dieran con la puerta de la profesión en las narices fue devastador para alguien con tanta fuerza interior y tanta energía, y al mismo tiempo tan frágil y pesimista.

Miré al «señor destino» a los ojos y admití que había estado equivocada, que él siempre había tenido razón. Que nunca debí dejar el camino correcto, el que me llevaba a una vida segura y plácida como profesora o abogada, o lo que fuera, sin tener que exponerme cada día al fracaso público. Porque, de haberlo hecho, no estaría viviendo en un alambre inestable y sin red. Y a punto de caerme. Si es que no me había lanzado ya al vacío.

Seguía aferrada al volante. Velocidad estable. Dolor en el pecho. «Quiero llegar a Marbella. No quiero estar sola. No quiero estar sola». Intenté serenarme. «Luján, basta. No todo ha sido tan horrible como lo ves». Recapitulé. En los últimos cuatro años

había conducido *Un príncipe para tres princesas* (un programa que no tuvo el éxito esperado), *Tú, yo y mi avatar* (absoluto fracaso) y *¿Quién quiere casarse con mi hijo?* Este sí gustó, y mucho, pero los directivos decidieron aparcarlo durante un tiempo para dejar respirar el formato. Después de eso había probado suerte como tertuliana de *El programa de Ana Rosa*, en *Supervivientes* y *Gran Hermano*, pero no había conseguido una silla con mi nombre. No era mi sitio.

Resultado: el paro.

Conclusión: fracaso profesional sin paliativos.

Más dolor en el pecho. Más sentimiento de soledad. «Tenía que haber sido profesora de universidad. A mis cuarenta y dos, con mi capacidad para el estudio y mi inteligencia, seguro que ya sería decana». Creí ver que el «señor destino» asentía con la cabeza en el asiento del pasajero.

Te he comentado, querido lector, que esto ocurría en el verano de 2020. No hace falta recordar que todos vivíamos sumidos en la tragedia del Covid, angustiados por las muertes, deprimidos por los confinamientos y la distancia a la que debíamos mantener nuestros afectos. A mí no hacía falta darme más golpes. Ya estaba bastante magullada. Más inseguridad, más incertidumbre hacia el futuro, la misma que sentía todo el mundo, salvo que yo ya contaba con mis propios argumentos. Todo se mantenía parado, en una quietud desesperante. Expectantes ante lo que esa maldita pandemia quisiera hacer de nosotros.

En mi caso, no había lugar para ningún optimismo. Si no había sido capaz de encontrar un nuevo espacio profesional, en ese verano sin perspectivas parecía que solo me quedaba esconder la cabeza bajo el ala del Starlite luciendo sonrisa y el glamur que llevaba apretado en la maleta.

Era dolorosamente consciente de mi situación, y estúpida-mente inconsciente de mi capacidad para la resurrección. En aquel maldito viaje podían haberme jurado que me esperaba la mejor etapa, la más enriquecedora y productiva de mi vida, y me hubiera reído con la mayor de las desganas. Pero sí, me esperaba exactamente eso.

Dos años después, he construido una autopista imaginaria entre Madrid y Los Ángeles, yo sola y en tiempo récord. Por ahora te dejo un titular: he escrito y presentado un programa de entretenimiento para la gran plataforma de contenidos audiovisuales Netflix. Puede que cuando estés leyendo esto mi nuevo programa de citas (sí, otra vez disfrutando de mis habilidades de casamentera) se haya estrenado en 192 países y estemos preparando nuevas ediciones. De ese modo lo visualizo en mi mente. Y si no llega a ser así, emprenderé con el mismo entusiasmo otras aventuras, daré forma a otros programas, no dejaré de hacer propuestas, de escribir, de aprender, de construir rutas de crecimiento personal y profesional. Entusiasmo, entusiasmo, entusiasmo... Mi mantra de felicidad. Así entiendo ahora la vida y mi profesión.

Pido perdón. Me impaciento. Quiero llegar demasiado pronto a destino. Pero es que no pretendo que este sea el relato de una víctima, quiero dejarlo claro, sino la descripción del punto de partida de un aprendizaje que ha cambiado mi existencia. En fin, volvamos al coche prestado y a mi oscuridad en ese día tan luminoso de julio. Parecía que cada idea que ocupaba mi mente llegaba para destruirme un poco más. Me veía pequeña, y diría que miserable. Sentía mucha compasión por aquella joven poderosa que, tan cretina ella, había creído que podía hacer realidad sus sueños. Me veía patética. Simulando ser importante cuando solo era la protagonista de un gran artificio.